

la elevacion del solio debe infundir en los ánimos la confianza ó el temor. No señores, el corazón tierno ó feroz del Príncipe, el semblante afable ó espantoso del Monarca, es la única señal que decide de la suerte ó desgracia de los vasallos segun la frase de los Proverbios: *In hilaritate vultus Regis, vita.* ¿Qué trono mas magestuoso, mas magnífico, ni mas á propósito para aterrar los ánimos, y engendrar el temor mas profundo que el célebre trono del Rey Salomon? Sin embargo, todas las naciones de la tierra, los pueblos mas distantes, la Reyna del Austro, y los mismo Soberanos deseaban con ansia ver con sus propios ojos al mas benigno Monarca de Israel sentado en el trono de sus padres, y suspiraban por tener parte en las magnificas profusiones de un Príncipe tan amante de la felicidad de su pueblo.

Imagen la mas expresiva de lo que sucede en el augusto misterio de la Eucaristía. El Rey de las eternidades, en cuya presencia tiemblan los Serafines, reside sobre nuestros altares en un trono de gloria, capaz de intimidar nuestra pequeñez. Pero acercaos sin temor á su real solio, contemplad con los ojos de la fé la ternura de su corazón, la clemencia y benignidad de su rostro, considerad baxo esos signos visibles al mejor Salomon, dispuesto á derramar sobre vosotros sus profusiones, mirad entre la nube de los accidentes al Príncipe magnífico, al padre amoroso, al amigo consolador, al Pontífice Sumo de la Ley de Gracia, que está reconciliando al mundo con su padre: contempladle ardiendo en amor, y que desea daros la bendición paterna, y con ella todos los tesoros de su gracia. ¿Habrá esperanza tan desmayada, habrá fé tan tímida que no se aliente al escuchar las tiernas expresiones de un Dios liberal y generoso, que desde el recinto de su taber-

náculo expone todas las riquezas de su omnipotencia, y las entrega en manos de sus queridos hijos? Venid, os dice, á los pies de mi trono, acudid con confianza y con amor, humillad vuestra alma en mi presencia, descubridme vuestro pecho, que yo os haré felices, y os daré las pruebas mas auténticas de mi ternura y liberalidad.

Si vuestra alma se halla manchada con la inmundada lepra del pecado, yo la purificaré con los candores de mi gracia: si teneis necesidad de consejo y de luces, yo os iluminaré con los resplandores de mi sabiduría divina: si os acobardan los continuos asaltos de vuestro adversario, yo os prevendré con la eficacia de mis auxilios: si os abrazaís con los ardores de la concupiscencia, yo apaciguaré sus movimientos con el saludable rocío de celestiales auxilios. Y para que vivais seguros de mi amor y protección, me obligo por una sancion irrevocable á permanecer sobre los altares para estar mas cerca de vosotros, para escucharos con mas facilidad, para hablaros á toda hora, y ayudaros en todos los instantes. ¿Y podreis despues de esto todavía dudar de su ternura, de su generosidad, de su profusion, y de su infinita liberalidad? ¿Será necesario que yo produzca nuevas demostraciones que decidan y afiancen la verdad de mi proposicion; esto es, que el trono Eucaristico es propiamente trono de gracia? Concluyamos, que Jesuchristo ha levantado su real solio sobre nuestros altares, al que justamente conviene el noble título de trono de gracia: *Adeamus &c.* De esto os he hablado en la primera parte. Continuada vuestra atención para que os hable con mas individualidad de las mercedes y favores que distribuye á los que se llegan á él: *Ut inveniamus gratiam &c.* Estoy en el segundo punto.

SEGUNDO PUNTO.

No lo dudeis. El Salvador, ya lo he dicho, erige á pesar de nuestros deméritos sobre las sagradas aras un trono de gracia para franquearnos las liberalidades y tesoros que le inspiran la grandeza de su amor, y la generosidad de su corazón: su ternura se extiende indiferentemente á los buenos y á los malos, á sus amigos y á sus enemigos, no hay reserva en sus profusiones, porque á todos quiere hacer experimentar la liberalidad de su amor; ninguna cosa puede entibiar las ansias y el ardor que tiene por nuestro bien, y solo espera nuestro consentimiento: desde ese instante comienza la época feliz de sus favores: desde entónces él mismo se constituye y se hace nuestra guía, nuestro conductor, nuestra luz, nuestra compañía y nuestro padre para dirigir nuestras pisadas por medio de los escollos y tinieblas que esparce el Egipto de este mundo. No es ya el Arcángel Rafael que acompaña al joven Tobías en sus jornadas hasta la ciudad de Rages; no es el Angel del Señor que conduce á los Israelitas por medio de un desierto espantoso y amenazado de armas enemigas, sino el Angel del gran consejo, ó por mejor decir, el Rey y Señor de los Angeles, que quiere conducirnos baxo sus mismos auspicios á la verdadera tierra de promision; nada podeis temer con tal conductor; escuchad con atención su voz, seguid con fidelidad su conducta, executad con prontitud sus órdenes, y poned en él toda vuestra confianza: él os cubrirá con una nube para libraros de los ardores de la concupiscencia, levantará sobre vuestra cabeza una columna de fuego, que aun mismo tiempo alumbre vuestras tinieblas, y acalore la frialdad de vuestro corazón.

Seria poco para satisfacer la generosidad y grandeza de su amor haberos iluminado en vuestros pasos: su inmensa prodigalidad le hace poner en movimiento todos los arbitrios de su omnipotencia, y le obliga á renovar con vosotros los prodigios que obró con su antiguo pueblo en tiempo de Josué. Así como el arca de la alianza conducida por los Sacerdotes entre el ruido de los tambores, y el sonido de las trompetas arruinó las murallas de Jericó, y echó por tierra los baluartes de aquella ciudad orgullosa; no de otro modo el Salvador comunica á los que se llegan á los pies de su trono una virtud sobrenatural, que postrando los muros de la prostituta Babilonia, nos hace triunfar de sus atractivos, despreciar sus lisonjas, descubrir sus falacias, penetrar sus intrigas, frustrar sus sacrificios, y tener en poco todas sus pompas y vanidades. Aun mas añade San Gregorio Nacianceno: ¿habeis visto, dice este célebre Obispo del siglo IV, los saludables efectos de la medicina que restablece al hombre, destruye su qualidad morbosa, y pone en equilibrio la desigualdad de sus humores? De este modo Jesu-christo Sacramentado, á manera de un nuevo antidoto, corrige la mala disposición de nuestra carne rebelde, reprime el tumulto de los apetitos, muda las inclinaciones viciosas, abate el orgullo del amor propio, inspira el horror al vicio, y engendra el amor á la virtud.

Ved todavía otra figura mas puntual de todo esto al capítulo tres de Daniel, tres jóvenes hebreos cantan á Dios alabanzas en medio de un horno encendido, la presencia de un Angel suspende la voracidad de las llamas, y una aura suave los refrigera para que el fuego no pueda ofender ni un solo cabello de su cabeza: imagen expresiva, dice San Pedro Damiano, de la singular Providencia con que

un Dios oculto baxo la sombra de los accidentes, suaviza con su presencia el ardor de las pasiones, apaga el fuego de la concupiscencia, impide el impetu de una carne corrompida, y extingue las chispas de los hábitos viciosos, cuya violencia queda suspensa ó detenida. Casi en los mismos términos expone San Juan Chrisóstomo aquel misterioso pan de Abacue, que con su virtud milagrosa aseguró en Babilonia al jóven Daniel en medio de los ambrientos leones: así el hombre, dice este gran Patriarca de Constantinopla, colocado en un cuerpo de maldad, puesto á la faz de unas pasiones amotinadas dispuestas á devorarle, rodeado de apetitos que rugen en el fondo de su corazón á manera de leones, si se pone á la sombra del trono Eucarístico, experimentará una virtud superior, que inutilizando los esfuerzos de sus enemigos domésticos, le hará sentir en su corazón la paz interior, y una virtud capaz de arruinar la prepotencia de una carne indómita, que humillada baxo el yugo de Jesus Sacramentado, sujetará su altanería al imperio de la razón; una virtud al fin, que no solo pondrá al hombre á cubierto de los embates interiores de la carne, sino que tambien le hará inaccesible á los tiros de sus enemigos exteriores.

No hay que dudarlo, continúa el mismo Padre; porque así como el Angel exterminador no pudo herir en Egipto á los Israelitas que tenían sus puertas teñidas con la sangre del Cordero Pascual de este modo, el Angel de las tinieblas no puede acercarse á aquel que se ha acogido baxo el augusto solio de la Eucaristia: en vano pondrá en arma todos sus artificios la serpe seductora; nada importará que el tentador desplegue todas las banderas de su furor, que acometa con sus legiones infernales, que junte la astucia á la fuerza, ó la sor-

presa y asalto á una guerra declarada y abierta, porque todas sus máquinas se disparán con el humo, sus proyectos serán vanos, y toda su fuerza y poder se debilitará en presencia de la Sagrada Eucaristia.

A tantas gracias y mercedes que reparte el Salvador á los que se llegan con confianza al trono de su misericordia, parece que ya no podia añadir nuevos favores por estar su omnipotencia casi agotada con la continua efusion de sus tesoros; pero dexad obrar á su tierno amor, y vereis que aun tiene recursos que nadie sino él los conoce. No contento con derramar sobre el hombre las gracias preservativas, que lo aseguran contra los ataques enemigos, reserva las gracias especiales para las almas fervorosas, á quienes por un efecto de predileccion inunda en torrentes de suavidad y dulzura. ¿Pero cómo podré yo pintar las inefables delicias con que regala á los pies de su trono á estas almas sus queridas? ¡Ah! Unidas íntimamente á Jesuchristo por medio de un enlace maravilloso, sienten que en el fondo de su corazón se excita un indecible deleite, y desprendiéndose un rayo de luz celestial que hierre en sus ojos, parece que les descubre en toda su plenitud la hermosura eterna; acalorase su alma, abrasase, se derrite y suspira, y ya no conoce nada, ni aun á sí mismas se conocen: experimentan unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem: beben en aquella fuente de delicias que embriaga á los Santos, oyen aquellas palabras misteriosas, que ningun hombre mortal puede proferir, y ésta como imágen de la felicidad celestial les hace casi dudar si viven aún en este destierro, ó son ya habitadores de la Sion santa.

Yo bien veo, Católicos, que este idioma os parecerá nuevo y extraño, porque no todas las almas

son dignas de recibir á los pies del altar dones tan sublimes, ni favores tan señalados; pero tambien sé que muchas no lo son, porque no prestan la docilidad necesaria, ni dan oidos á la voz del Salvador que las llama. ¿Quántas almas resisten á los mas activos impulsos de la gracia, poseidas de la tibieza, de la negligencia, y de una reprehensible timidez? ¿Quántas almas faltan á Jesuchristo á quienes Jesuchristo no faltaria? ¿Por ventura aquel Dios escondido en el tabernáculo, no es hoy lo que ha sido en todos los tiempos? ¿Está acaso abreviado su infinito poder, ó reducida su mano omnipotente á términos mas estrechos? ¿No solicita su amor inmenso comunicar todavía en estos desgraciados tiempos los mismos favores y gracias que en los pasados siglos? ¡Ah! Si no vemos que el Salvador obre ya al rededor de su trono Eucarístico las maravillas que solia, es porque ya no experimenta á sus divinos pies á las Gertrudis, Brigidas, Catalinas, Teresas, Neris, Gonzagas y Baylones. Imitad vosotros á las almas justas en las disposiciones con que se preparaban para llegarse á la Eucaristia, y tendreis la dicha de recibir los mismos dones y mercedes.

Jesuchristo está siempre dispuesto á derramar sobre vosotros sus liberalidades: su trono no es como el del Rey Asuero, aquel fastuoso Monarca de la Persia, cuyo ayzado aspecto desmayó á la primera vista á la bella Estér: no señores, su trono está rodeado de la mansedumbre, de la benignidad y de la clemencia: de vuestra parte está el no poner obstáculos á la efusion de sus dones: vuestras disposiciones son las que han de decidir de la medida de gracias que habeis de recibir á los pies del Sagrario. Llegaos con confianza, pero advertid, que debeis primero mejorar de conducta, romper las

cadenas que os tienen atados á la tierra, corregid vuestros defectos, reformar el luxo, domar las pasiones, mortificar el genio, y vivir una vida mas christiana: entónces derramará el Salvador sobre vosotros las mas copiosas profusiones de su gracia, y será á un tiempo vuestro apoyo, vuestro consuelo, vuestro refugio, vuestro asilo y vuestro remedio en todos los peligros de esta vida.

Vos, Señor, que os habeis quedado oculto baxo las sombras de ese tabernáculo por nuestro bien, hacednos dignos de vuestros favores y mercedes, venced los obstáculos que oponemos á vuestros designios, allanad la resistencia de nuestro corazon, disipad la ilusion de nuestros sentidos, y dad fuerzas á nuestra flaqueza, para que sepamos aprovecharnos de vuestras gracias para merecer por medio de ellas un galardón eterno. Amen.

una justa com-
separado de la ocupacion pastoral para sentarse en el
trono de Israel, y formar de un trono un xelo
digno de su pueblo; este gran Principe, conten-
plando en un profundo éxtasis las maravillas que
el Altísimo obrara en la serie de los siglos á tra-
vor de aquella incomparable Reyna, exclamó en
medio de la admiracion lleno de un júbilo éxtor-
dinario: Benedictus, Dominus, terram tuam, domi-
nus, capitulum tuum, Señor, ahora conozco que
has comido de bondad en tu tierra, y has se-
parado de ella la caridad de Jacob, expresiones
magnificas, palabras misteriosas con que el Patriar-
ta Rey (segun la exposicion del Abad Rupert) qui-
so significar una tierra virgen preservada con puri-
facion por la diestra del Omnipotente, y santifica-
da con sus mas preciosos dones: una tierra de per-
dicion preservada por su brazo dominante del con-
tario de aquel lado de que fue formado el primer
hombre: una tierra pura y exenta de toda mancha